

Gonzalo Sánchez


LA PATAGONIA PERDIDA

La lucha por la tierra en el sur de la Argentina

MAREA
EDITORIAL



2. SANTA ROSA



Tomamos la ruta 40, desde El Bolsón. El tramo inicial atraviesa Lago Puelo y se desvía luego hacia El Hoyo y Epuypén. Dejamos atrás la comarca andina del paralelo 42. Luego de atravesar el valle, el camino dobla hacia la meseta. El clima se torna seco, la vegetación se achaparra. Comienzan a verse la mata negra, la flechilla y la paja vizcachera que seguirán así por siempre y hasta el mar. Las montañas quedan primero a nuestras espaldas y luego se acomodan a la derecha, en la lejanía, como una sucesión de altares de piedra. Si miramos hacia la izquierda, y ahora estamos viajando en dirección Norte-Sur, vemos campos ondulados, eternos y suaves, de marrones claros, verde musgo y grises que varían según la sombra que proyectan las nubes o las cortinas de luz que a veces se filtran a través de ellas: una pampa infinita que, podemos suponer, no terminará nunca.

La ruta, una cinta dura y poco señalizada, no tiene ni cortes ni giros bruscos. El camino, por lo tanto, se torna despojado y repetitivo. La belleza consiste, justamente, en una

cierta sensación de estar navegando a través de un océano yermo y deshabitado. Algunos álamos, enfilados, disciplinados, a la distancia, delatan la existencia de algún rancho o caserío o puesto de estancia.

Seguimos andando y pronto aparecen los alambrados. Ahora el paisaje se ve modificado por la existencia de elementos que parecen haber sido geoméricamente colocados, y es cierto. Cuadrillas de pinos sembrados con precisión definen una nueva realidad geográfica y ya estamos atravesando los campos de Benetton. Ahora la ruta transcurre entre hectáreas de la estancia Leleque destinadas por completo a la forestación. Más adelante, los primeros vestigios de población: un puesto policial, un destacamento de bomberos y, justo enfrente, como el portal de acceso a los dominios de un dios supremo, los pilotes de material que señalan el ingreso a la estancia Leleque de la familia italiana. Pero esta vez no entramos. Nos dirigimos al territorio mapuche recuperado.

A la derecha, las montañas cobran nuevas formas, todas colosales. A la izquierda, una laguna donde los pájaros beben. El camino sube y baja. A cada lado, los postes que conducen el cableado de energía eléctrica, vaya uno a saber hasta dónde, fragmentan, en una sucesión de compartimentos exactos, las posibilidades visuales del viaje.

Cruzamos un puente. Por debajo discurre un arroyo a punto de congelarse. Más adelante, otra vez, de mano derecha, vemos una bandera. Flamea con tanta fuerza que podría romperse. Aminoramos la marcha. Nos vamos tirando a la banquina. Y frenamos.

El primer impacto es de un silencio tan perfecto que parece ejecutado por una orquesta. Desde las montañas, sin embargo, baja un silbido de viento fino y helado. Al fondo, humea la cabaña de la comunidad y los animales caminan por ahí, ajenos a nuestra llegada.

Realicé ese recorrido más de quince veces entre mayo de 2009 y marzo de 2011, y aunque el paisaje que atravesaba era siempre el mismo, el estado de las cosas cada vez que abría el portón del predio Santa Rosa era diferente.

La balanza jurídica, lentamente, se iba inclinando a favor de Benetton, que después de casi ocho años de conflicto ya no estaba dispuesto a negociar nada y seguía exigiendo el abandono inmediato del predio Santa Rosa. Esa presión de alguna manera se intuía, es cierto, pero seguía pareciendo una amenaza lejana o algo borroso, como un recuerdo ajeno.

Es decir, sin más remedio, Atilio y Rosa habían colocado la disputa en un no lugar, en un sitio donde no molestara ni les impidiera seguir adelante con su vida.

Resistían.

Trataban de llevar adelante su rutina en ese predio de 535 hectáreas que incluye, tres mil metros montaña arriba, el cementerio ancestral de la comunidad. Pero muchas veces se sentían agotados. Y también traicionados. En tantos años de lucha, los personajes que estaban a su alrededor habían ido cambiando y ellos, en cambio, estaban ahí, sosteniendo la misma idea de reclamo y convicciones, basados en la defensa de ese lugar.

Su situación no era como la de otras comunidades más anónimas, no expuestas mediáticamente. El hecho de que se tratase del matrimonio mapuche que enfrentó a Benetton los había llevado a vivir en una especie de limbo, un olvido, una situación dual y extraña. Contaban con el apoyo del pueblo mapuche y de muchos *huincas* servidores y defensores de su causa. Pero el poder político local les daba la espalda. No los condenaba: simplemente los ignoraba. Por lo tanto para ellos no había ayuda bajo ninguna circunstancia. Los funcionarios de gobierno no querían volver a tocar el tema por el costo político que podía tener en sentido social y económico colaborar de alguna forma con la familia aborígen. Estaban aislados.

A mediados de 2009, por ejemplo, el volcán chileno Chaitén entró en erupción. La nube de cenizas cruzó la Cordillera y convirtió a Esquel y sus alrededores en un pueblo fantasma cubierto por un manto de polvo nocivo y gris. El agua de los ríos y arroyos se volvió imbebible y el gobierno local debió repartir agua potable entre las comunidades periféricas.

La vida de Atilio y Rosa también se vio alterada por el fenómeno natural –por el mensaje de la *mapu*, dirían ellos–, y la familia se quedó de repente sin líquido para beber. Pero para ellos no hubo asistencia social de emergencia y debieron arreglárselas como pudieron. Atilio se las ingenió para filtrar el agua sucia, pero no les quedó más que esperar a que pasara la erupción. Anomia política: eso sentían Atilio y Rosa que sucedía con ellos.

–A nosotros, nada –nos dijo Atilio en uno de nuestros tantos reencuentros.

Estaba enojado. Surcos de seriedad le habían tornado la cara más dura y algunos kilos ganados por el paso del tiempo parecían hacerlo más robusto y fuerte. También más viejo, menos fresco. Aquel mediodía, el frío nos lastimaba. Atilio no estaba en Santa Rosa, sino en la estación abandonada del ferrocarril que se encuentra dentro de la estancia Leleque. Había caminado unos tres kilómetros, desde el territorio recuperado hasta ese lugar, para poder utilizar la energía eléctrica del tendido de la vieja estación. Necesitaba afilar su cuchillo y su hacha, y como en Santa Rosa no había electricidad para hacer andar su moladora, no le quedaba más remedio que hacer esa travesía a través de los campos de la familia italiana, donde podía colgarse del cableado eléctrico que utilizaban los pocos pobladores que viven todavía allí. Imaginen a un hombre que va solo por un camino que corta al medio la inmensidad de la estepa patagónica.

–Nosotros –decía, ofuscado– fuimos a Italia, vimos a

Benetton, nos plantamos y parece que por eso pagamos un costo mucho mayor, mucho más injusto. Porque ahora somos los que enfrentamos a Benetton, pero también los olvidados y nadie nos ayuda porque somos el símbolo de los que luchan por la tierra en la Patagonia. No sé si eso es bueno, si eso realmente nos sirve para algo. Porque mientras nosotros seguimos ahí, en Santa Rosa, muchos de los que alguna vez nos acompañaron hicieron su camino y reciben dinero de Europa y pueden vivir mejor. Nosotros, en cambio, nada. Y viene la gente que nos filma y se va y nuestra vida sigue siendo dura y ni para comer tenemos. Pero todos vienen y hablan de nosotros. Y yo me pregunto, ¿nosotros qué?

Atilio había consolidado un discurso, una forma de argumentar simple pero contundente y sin espacio para cuestionamientos. Encarnando la rebelión, se había constituido como un nuevo hombre, más valiente, menos sumiso. Pero estaba herido, acumulaba, después de tantos años –recuerdo: la lucha había comenzado en 2002–, el rastro de varias decepciones. Y había aprendido que la traición es inherente a cualquier grupo humano, sin distinciones de raza.

–Muchos dicen –continuó– “ustedes están en un campo de Benetton”. No, nosotros estamos en el lugar que nuestros nativos han dejado. Y no lo dejaron con alambres, lo dejaron libre. Entonces eso nos hace recordar a nuestros abuelos cuando nos decían que tenemos que mirar mucho, hijo, cuando vamos a tocar algo. Tenemos que pedir permiso, como la cultura nos dice, porque somos parte de la naturaleza y no los dueños.

Aquella tarde, Atilio hablaba y Maldavsky y yo lo escuchábamos en silencio. Estábamos en una casa abandonada y en ruinas, sin ventanas, por donde se colaba un frío imposible y cruel. Era la misma casa que habitaron sus padres, siendo empleados de la estación Leleque del Viejo Expreso

Patagónico. Todas las historias comenzaban a cerrarse en un círculo único y ahí estaban los mapuches, la tierra, los ingleses, el progreso ferroviario, la llegada de los nuevos terratenientes, la crispación social, el menemismo, la desigualdad, el ambientalismo, Benetton, la falta de Estado. Ahora, todo se condensaba en las palabras de Curiñanco.

Lo mismo nos dijo Rosa, algunas horas después, pero ahora al calor de los leños que crepitaban en la cabaña de madera y entrepiso de cemento del predio recuperado.

—Y porque no somos dueños de la tierra, no necesitamos títulos de propiedad.

Rosa nos hablaba mientras continuaba tejiendo un telar para vender a los visitantes de paso.

—La *mapu* tiene su ley y ellos no quieren entender que la *mapu* tiene su ley, que es más poderosa que un *huinca*. Porque cuando la *mapu* dice “yo doy vuelta esta montaña” nadie la va a venir a parar. Esa es la ley de nuestra naturaleza.

Decía Rosa y otra vez la situación se repetía. Nuestro silencio.

Atilio y Rosa insistían. Estaban dolidos con muchos de los que se habían proclamado compañeros de lucha.

—Todos consiguieron algo: ayuda económica, financiamiento, trabajo, fama —se lamentaba Rosa—, y nosotros estamos acá, preparando el mate y esperando que la Justicia se decida para poder vivir tranquilos.

Y sin embargo, no había en sus palabras ni siquiera un atisbo de cambio de rumbo o agotamiento. Ellos estaban dispuestos a seguir ahí, contra todas las presiones:

—Nunca se me ha dado por decir “bueno, no, no sigo más esta lucha”. Tal vez en algún momento lo había llegado a pensar, pero fue antes de volver a recuperar la tierra. O sea, porque a uno le queda el miedo y el temor de que vuelva a pasar aquello que nos pasó la primera vez, que nos desalojaron con

violencia. Pero Atilio quería volver a la tierra, quería recuperarla y decidí acompañarlo.

Se permitió algunos chistes:

–Voy a hacer un “esconcito”, que es como una masita. Acá uno inventa comida porque hay tiempo y, bueno, con lo que hay, se inventa y sale rico. Está para que Benetton nos vea, porque él dice que los indios no saben hacer nada.

Ahora lloviznaba y el silencio parecía ser más profundo en Santa Rosa. Tanta calma se veía únicamente alterada por el correteo de las gallinas, que se amontonaban debajo de una mesa para refugiarse de las gotas finas y heladas que al caer pinchaban como astillas. Bajo esa misma lluvia, caminamos con Atilio monte arriba, hasta el espacio de ceremonias que la comunidad había establecido fuera de cualquier alcance visual. Nos detuvimos alrededor del círculo desmalezado. Lo contemplamos sin hablarnos y seguimos caminando. Advertí que íbamos ganando altura y me di vuelta para estudiar el camino recorrido. Respiré el viento helado del Sur y pude contemplar un plano general del territorio en disputa.

Mirando hacia el Este, de espaldas a las montañas, descubrí la inmensidad de la estancia Leleque, una meseta color ocre de 90 000 hectáreas, que fuga hasta desaparecer en el horizonte y cuyos límites no pueden determinarse a simple vista. Mucho más cerca, la ruta 40, nuestro auto detenido en la tranquera del predio Santa Rosa, la cabaña de material y maderas levantada por Atilio y Rosa, humeando, viva, en medio de la nada. Un surco de árboles de lenga y la rajadura de un arroyo que viboreaba a través de las matas de vegetación gris. Las ovejas de Atilio, más abajo, yendo sin apuro hacia ninguna parte, y el viejo Peugeot 504 dorado que el mismo Atilio conducía aquella vez, en febrero de 2005, cuando nos vimos por primera vez en la terminal de micros de Esquel.

Estando en Santa Rosa, contemplando las dimensiones

reales de aquello que es motivo de litigio, cualquier argumento parece inverosímil. Uno de los hombres más ricos del mundo, propietario de un millón de hectáreas en el sur de la Argentina, defiende con uñas y dientes y sobrados recursos económicos un predio deslucido y de apariencia estéril de solo 535 hectáreas –como ya se consignó, el 0,05% de toda su propiedad– que una familia mapuche reclama como tierra de sus ancestros. El enunciado termina en ese punto. Pero ahí donde concluye, chocan los planetas, las palabras, las costumbres, los pensamientos, los modos de despertar cada mañana, de respirar, de consumir aquello que la naturaleza otorga, de valorar y comprender los sentidos de la territorialidad. Choca, en un sentido amplio, la manera de percibir la existencia, existe el que posee o existe el que pertenece, la dicotomía no parece tener punto de síntesis, ni un camino despejado y resolutivo: se impone como una grieta, una fisura, que solo plantea un desencuentro, o su forma inversa, la confrontación.

Avanzamos un poco más hasta el sitio donde Atilio acumulaba leña. Cargamos varios troncos en una carretilla improvisada que carecía de ruedas y que volvió penoso, al menos para mí, el viaje de regreso hasta donde Rosa y Maldavsky seguían conversando, entre mates y los “esconchitos” que la mapuche había prometido. Había una vida posible, extendida, consolidada en ese lugar al que el matrimonio había retornado. Socialmente, un grupo humano había logrado instalarse y establecer una dinámica de vida que al mismo tiempo constituía, día tras día, una identidad cultural, la recuperación, más que de un espacio, de un cierto sentido de pertenencia que en un tiempo remoto había sido borrado: barrido.

Pero ese triunfo, ahora, estaba amenazado por una fuerza que no operaba directamente sobre la comunidad, sino sobre los mecanismos de una Justicia atávica y oxidada, sometida a los deseos de los dueños del dinero en la provincia

de Chubut. No hacía falta indagar demasiado para palpar esa realidad. Pero, como periodistas, estábamos obligados a escuchar todas las voces. Queríamos conocer los criterios con que Benetton y sus abogados defendían judicialmente la propiedad de la tierra y, por transición, exigían el desalojo del predio Santa Rosa.

Solicitamos, naturalmente, una entrevista con Carlo o Luciano, en Roma, en Treviso o en donde fuere, pero no tuvimos éxito. Logramos, sin embargo, un encuentro breve con el abogado de la compañía, un hombre de estirpe aristócrata, llamado Martín Iturburu Monef. Nos recibió una tarde calurosa en su oficina de la ciudad de Esquel.

Santa Rosa es un territorio en disputa, pero también la ley es un territorio en disputa. Por lo tanto, su interpretación varía según el sujeto de aplicación, según los intereses del sujeto de aplicación. Si existen normativas y convenios que respaldan los diferentes procesos de recuperación de tierras y reivindicación de comunidades mapuches a lo largo de toda la Cordillera, también existen lecturas de esas mismas herramientas que desconocen sus efectos. El derecho, como materia imperfecta, le aporta tensión nerviosa a la contienda entre mapuches y *huincas* por la propiedad de la tierra: la vuelve, naturalmente, más dramática. Iturburu apoyó esta hipótesis, pero sus argumentos no se movieron un ápice del eje propuesto por la normativa romana, que consagra la propiedad privada como derecho de toda persona física o jurídica del mundo occidental y capitalista. Para el abogado de Benetton la preexistencia de los pueblos no es un valor. El dominio es la esencia que no puede desvanecerse.

Iturburu recordó que la familia Benetton intentó solucionar el conflicto con una donación de tierras finalmente fallida y que hizo todo lo que estuvo a su alcance para colaborar

con los desterrados. Se refirió a las 7500 hectáreas que los italianos ofrecieron durante la cumbre de Roma en el paraje Piedra Parada, remontando el río Chubut, en medio de la estepa yerma. “En algún momento existió un ofrecimiento por parte de la Compañía al gobierno de Chubut. Una donación de hectáreas fértiles y cultivables por su cercanía con las costas del río Chubut, pero no entendemos por qué razones no fue aceptada. No tengan dudas –nos aseguraba el abogado– de que nosotros somos más que respetuosos de los derechos aborígenes. Esto es así... el tema es qué sucede cuando un grupo de personas invoca simbologías de naturaleza indígena y hacen uso de estos valores para ingresar a predios privados. Estos valores, estas directrices que el derecho indígena presenta, no pueden ser usados para violentar los derechos de propiedad de los demás”.

La discusión, para Iturburu, era por afuera de los límites de la tierra adquirida. Aceptaba la existencia de un conflicto, asumía que su cliente era parte protagonista de esa disputa, pero exigía el fin de la ocupación porque ese perímetro debía ser defendido con el Código Civil en la mano. “Después, todo lo demás. Podemos seguir discutiendo jurídicamente todo lo que sea necesario, pero con los mapuches fuera de la tierra”, expresó.

Su estrategia, el plan para defender a la CTSA, estaba centrada en varios elementos. Iturburu sostenía que parte del alambrado perimetral del predio que ahora habitaban Atilio y Rosa era del mismo tipo que construyeron años atrás los peones y agrimensores de la Compañía, un trabajo que todavía por estos días continúa. El segundo elemento era que lo que ellos definían como “cuartel forestal Santa Rosa”, esas 535 hectáreas, estaban dentro de los límites de las tierras de la Compañía porque “coinciden los títulos de propiedad con las mensuras y los alambres”.

Iturburu defendía como una biblia los títulos de propiedad de la empresa, que datan del año 1896, un puñado de hojas viejas escritas con pluma, en trazos negros, que por momentos se ensanchan como verdaderas manchas de tinta y se vuelven ilegibles. Ahora, claro, se trataba de fotocopias de esos papiros. Para Iturburu y su equipo esos documentos eran perfectamente legítimos.

Según esos documentos, por decreto, a partir del año 1891, el presidente Urriburu inició una serie de donaciones de tierra a diez familias inglesas. Años más tarde esas diez familias británicas unieron sus fracciones de casi 90 000 hectáreas cada una y fundaron la Southerland Company, la Compañía de Tierras del Sud Argentino Limitado, la mayor compañía agropecuaria de la Argentina. Benetton compró la totalidad de ese paquete accionario en 1991.

Justamente, la defensa de la comunidad Santa Rosa, encarnada en la figura de dos abogados jóvenes, Fernando Kosovsky y Edgardo Manosalva –los mismos defensores de los Cárdenas y Cayún en Lago Puelo–, cuestionaba los títulos y ponía bajo sospecha su veracidad, ya que los mismos agrimensores de la Compañía, en diferentes relatos, se referían a la imprecisión de las medidas y de las dimensiones declaradas por las estancias. Sostenían que en tiempos remotos las mensuras se “hacían a ojo”, tomando como puntos de referencia determinados accidentes geográficos: desde este camino hasta aquella lomada y desde aquella lomada hasta aquel cordón de álamos. Trazo grueso para definir los límites de un verdadero imperio.

“Hay elementos –afirmaba Kosovsky– para creer que estamos discutiendo por tierras que fueron apropiadas ilegítimamente. Pero más allá de esta lucha, está pendiente un juicio superador, que cuando la comunidad cuente con los recursos necesarios podrá llevarlo adelante. Me refiero al juicio

de reivindicación, no contra Benetton, sino contra el Estado argentino, absoluto responsable de toda esta situación”.

Kosovsky, su mirada azulada y penetrante, no podía ser más claro:

–El juicio de reivindicación no se encara contra Benetton. Es contra el Estado Nacional, que fue el que promovió la eliminación física de los pueblos aborígenes, luego su asimilación cultural y actualmente mantiene la opresión a partir de un reconocimiento declarativo acompañado de la falta de implementación de políticas que le permitan efectivamente recuperar y mantener su ocupación tradicional.

La conversación continuó entre mates y temas vinculados a la tenencia de vastos territorios. En casi todos los casos, se reiteraban situaciones similares. Los nuevos dueños de la tierra –en la forma de un particular o de una corporación– estaban lanzados a la conquista de la Patagonia y la marea de foráneos, a falta de ley, no se detenía. Pero tan cierto como que muchos de los litigios de las diferentes comunidades aborígenes eran contra el Estado o sus funcionarios. Es decir que el despojo estaba encarnado en el mismo actor histórico que hacía cien años atrás. Si a fines del siglo XIX, en nombre de la modernización del Estado y la extensión de las fronteras, el indio había sido exterminado o sometido por el poder de las armas, ahora los descendientes volvían a estar bajo el mismo riesgo de desaparición. En nombre del progreso, los negocios con recursos naturales y el desarrollo económico concentrado, a los sin tierra de la Patagonia se los obligaba a vivir bajo el yugo de los acaudalados y las corporaciones, que también representan, actualmente, el mismo poder de las armas.

Algunos meses antes, en su despacho de techos altos y paredes antiguas, de ventanas que dan a techos de casas vencidas y porteñas, en las entrañas de la ciudad de Buenos Aires,

el Premio Nobel argentino de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, nos había dicho lo siguiente:

–Mapuche significa gente de la tierra. *Mapu*, tierra, *che*, el che famoso nuestro, quiere decir persona. Gente de la tierra. Quiero decir, si a los mapuches les quitás la tierra, los matás.

Llovía torrencialmente aquella tarde en la ciudad. Esquivel finalizó:

–¿Qué es la nacionalidad? Es tener una pertenencia, una soberanía. La Argentina no es un país soberano, es un país conquistado. Cambiamos de conquistadores. Antes eran los españoles, después los ingleses y ahora son las empresas transnacionales. Pero la dominación continúa. Tiene distintos rostros. Pero un pueblo que no tiene la tierra, que no tiene los recursos, que no tiene las condiciones del poder debido es un país sin soberanía.

La guerra era en los territorios, pero también en la Justicia del *huinca* y para dar batalla había que incorporar conocimiento. A medida que el tiempo pasaba, cada vez que iba y volvía de la Patagonia, la idea de una situación adversa, de tener que escalar a través de una pared astillada y vertical, terminaba de tomar forma en mis pensamientos. La realidad, no solo de los mapuches, sino de la mayoría de los habitantes de los pueblos originarios, era la de un camino cuesta arriba. La demanda judicial no era, no es, una figura solamente noticiosa, sino la forma más habitual de respuesta para la protesta y el reclamo indígena. Representa la primera trampa de un sistema armado para la opresión, porque no bien los abogados de algún latifundista interponen el recurso para defender los paraísos comprados, los pobladores originarios se ven atrapados en el proceso jurídico. Y esto no es una metáfora kafkiana, sino la pura realidad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PARTE I - El oro bajo los pies	17
1. La guerra de lago Puelo	19
2. Cayún	32
3. Fattorini y los otros	37
4. El episodio Hanglin	43
5. Las caras del ambientalismo	60
6. Bayer	79
7. Paraje El Pedregoso	84
PARTE II - La ley y los enclaves	91
1. Legislandia	93
2. El Maitén	100
3. El inglés	111
4. Una ley	124
PARTE III - Los colores de la discordia	141
1. La hora del gigante	143
2. Santa Rosa	148
3. El Palacio de Justicia	161

PARTE IV - Las guerras campesinas.....	167
1. El combatiente	169
2. Mauro, Moira y los vascos.....	174
3. La reconquista del cipresal	186
4. En la tierra	194
5. Represiones.....	199
EPÍLOGO	205
AGRADECIMIENTOS.....	211



MAREA
EDITORIAL